

El 13 de junio de 2023 - el martes de la 10ª semana ordinaria impar

[2 Cor 1,18-22 -- Mt 5,13-16](#)

Homilía

Cuando Jesús nos dice que somos la sal de la tierra y la luz del mundo, no nos está invitando a ser orgullosos, felicitándonos por ser los "elegidos". Al contrario, nos da una misión, y muy exigente. Nos invita a ser la sal de la tierra y la luz del mundo, no tanto por nuestra enseñanza de sabiduría, sino más bien por nuestro testimonio de vida.

Quizá nos guste demasiado la idea de ser la luz del mundo, ¡para que el mundo nos mire y nos admire! Así que prestemos un poco más de atención a la otra imagen que utilizó Jesús, ¡la de la sal de la tierra! Hay al menos dos cosas que podemos decir sobre la sal: la primera es que se necesita muy poca sal en los alimentos. Un poco de sal hace que la comida sepa bien; demasiada sal la estropea. Y es a este elemento, como a la levadura en la masa, al que Jesús compara el Reino de Dios. Para la Iglesia, para los cristianos en general, ser una presencia humilde y pequeña en la vida de la humanidad es una situación normal. Todas las grandes, vistosas, pomposas y ruidosas demostraciones de la presencia de la Iglesia como realidad poderosa e influyente tienen poco que ver con el Evangelio. Y, precisamente, la segunda característica de la sal es que se disuelve en el resto de los alimentos y actúa de forma imperceptible. Esto es lo que hace la sal en la masa de la humanidad. El padre Christian de Chergé, del monasterio de Tibhirine, dijo que quería ser un grano de sal en la tierra y el pueblo de Argelia. Este deseo se cumplió.

Estamos llamados a ser la sal de la tierra y la luz del mundo, trasladando el mensaje de amor de Jesús a nuestra vida cotidiana con las personas que nos rodean. El Pan de Vida que recibiremos en la Mesa del Señor es lo que nos da el poder y la fuerza para ser fieles a tal misión.

Armand Veilleux